

DOSSIER

La novela histórica en México



La ideología feminista en *La invasión*, de Ignacio Solares

Feminist ideology in *La invasión*, by Ignacio Solares

Hortencia Ramón Lira

La novela histórica contemporánea se caracteriza por el distanciamiento de la representación mimética del discurso historiográfico, y por postular, en cambio, determinada postura ideológica. En relación con este último aspecto, este ensayo examina la presencia del discurso feminista en la enunciación del principal personaje femenino de *La invasión*, así como la intensa relación que existe entre su enunciado y las ideas del socialista utópico francés Charles Fourier; el dialogismo hacia el discurso ajeno se hace más evidente cuando Magdalena retoma a Fourier para defender la liberación de la mujer.

Palabras clave: novela histórica contemporánea, feminismo, liberación de la mujer, dialogismo, metaficción.

The historic contemporary novel it has been characterized for the distancing of the mimetic representation of the historiographic discourse, and to postulate, instead, determined ideological position. In relation to this last aspect, this essay examines the presence of feminist discourse in the enunciation of the main female character of *La invasion*, as well the relationship between her statement and the ideas of the French utopian socialist Charles Fourier; the dialogism towards the discourse of the Other, is made more evident when Magdalena returns to Fourier to debate the problems of Women's liberation.

Key words: contemporary historic novel, feminist discourse, women's liberation, dialogism, metafiction.

Fecha de recepción: 14 de febrero de 2023

Fecha de dictamen: 10 de junio de 2023

Fecha de aprobación: 2 de julio de 2023

INTRODUCCIÓN

En las últimas décadas del siglo anterior y en lo que ha transcurrido de este siglo hemos visto un notable incremento en la producción de novelas históricas, esto se debe en parte a que muchos escritores latinoamericanos centran su interés en los problemas políticos, sociales y económicos que afectan a la sociedad, es el caso de la novela *La invasión*, escrita por Ignacio Solares en 2005, de la cual nos ocupamos en estas reflexiones.

Parte de la narrativa de Ignacio Solares se caracteriza por representar, a partir del discurso literario, algún hecho histórico sucedido en nuestro país. En el caso de *La invasión*, el acontecimiento de la invasión estadounidense a México en 1847 sirve como eje temático a la trama de su novela.

El aparato teórico metodológico que utilizamos en este análisis recupera, sobre todo, los aportes de la teoría de Engels para abordar las ideas planteadas por el teórico del socialismo utópico francés Charles Fourier, y defendidas por el personaje femenino Magdalena en la novela histórica *La invasión*. Otros aspectos sobre la liberación de la mujer los abordamos desde los postulados de Evelyn Reed, quien militó en las grandes campañas feministas de Estados Unidos en las décadas de intensa presencia de las luchas por una sociedad igualitaria, cuyo eco de la lucha vemos en el personaje de Magdalena en *La invasión*, quien se identifica con los ideales del feminismo.

Por otro lado, nos detenemos en el intenso dialogismo que permea el discurso del único personaje femenino con las ideas del representante del socialismo utópico Charles Fourier, portador de las primeras ideologías del feminismo francés, a partir de las cuales confronta las convenciones que imperan en la sociedad decimonónica que le tocó vivir, todo esto al margen de la imagen social que pretende salvaguardar su propia familia frente a las amistades que los rodean. En ese sentido, este ensayo examina la presencia del discurso feminista contestatario en el acto de enunciación del principal personaje femenino de *La invasión*.

En la parte final vinculamos la metaficción, otro de los rasgos característicos de la nueva novela histórica, con la importancia que adquiere el discurso ficcional de Magdalena en el proceso de escritura de la crónica novelada sobre la invasión estadounidense en 1847, pues en un claro proceso metaficcional el narrador protagonista alude constantemente al proceso de creación de un texto novelado en el que narra los acontecimientos relacionados con ese hecho histórico. Sobre este elemento metaficcional reflexionamos más adelante.

Antes de abordar los ejes temáticos mencionados anteriormente, nos interesa señalar la temporalidad que atraviesa la totalidad de esta obra literaria. *La invasión* consta principalmente de dos núcleos temporales; en el primero se narran los acontecimientos sobre la invasión estadounidense a México en 1847. El segundo, que comprende el

presente de la enunciación, se encuentra ubicado a finales del siglo XIX. Abelardo, después de más de cincuenta años regresa a su casa de Tacubaya y al cruzar el umbral de la puerta rememora la mañana del 14 de septiembre de 1847, fecha en que el ejército de Estados Unidos, al mando del general Wilfried Scott, arriba a la Plaza Mayor. Por medio de diversas lenguas sociales, los mexicanos presentes expresan su rechazo al general Scott, no sólo por representar al país invasor, sino también porque el mensaje que dirige al pueblo de México lo pronuncia en inglés.

En la novela subyacen diversas posturas ideológicas, las cuales se manifiestan en las distintas voces de los personajes. En el marco de este trabajo nos interesa analizar el contenido ideológico del discurso femenino de Magdalena, la esposa de Abelardo, narrador-protagonista de esta novela de Ignacio Solares. Este personaje femenino se convierte en portavoz de las ideas de Charles Fourier —el primer socialista utópico francés que habla de la palabra *féminisme*—, situación que difícilmente se aceptaría en la sociedad mexicana del tiempo histórico representado en la novela, se trata de la sociedad mexicana de fines del siglo XIX. Sin embargo, debemos señalar que el anacronismo es otro de los rasgos presentes en la novela histórica escrita a partir de la segunda mitad del siglo XX.

LA DIALÉCTICA ENTRE LO SOCIAL Y LO INDIVIDUAL EN LA INVASIÓN

En la obra *La novela histórica*, escrita entre 1936-1937, Lukács señala que su interés era estudiar la interacción entre el espíritu histórico y “la literatura grande que representa la totalidad de la historia” (1976: 9). Igualmente, especifica que el lector no debe esperar un tratado del desarrollo del drama histórico o de la novela histórica. Sin embargo, su amplio ensayo sobre la novela histórica se ha tomado como un antes y un después entre la novela histórica decimonónica y la escrita a partir de la segunda mitad del siglo XX.

Llama la atención uno de los criterios metodológicos, en el cual Lukács apunta hacia la interacción entre el desarrollo socioeconómico y la visión de mundo, así como la forma artística que se deriva de ello. Acerca de la separación de géneros literarios, tal sería el caso de la novela histórica, Lukács advierte que “[...] no es posible conseguir una seria teoría marxista de los géneros mientras no nos esforcemos por aplicar al problema de la diferenciación de los géneros la teoría del reflejo, propia de la dialéctica materialista” (1976: 11).

Ahora bien, en relación con las diferencias de la novela decimonónica, objeto de estudio de Lukács, y la novela histórica contemporánea, observamos sustanciales diferencias entre rol de los personajes femeninos del corpus estudiado por el filósofo húngaro y el papel del personaje femenino de la novela *La invasión*. Sobre todo si

consideramos las configuraciones femeninas contrapuestas entre la narrativa de Walter Scott y las de la nueva novela histórica.

En ese sentido, nos parece pertinente retomar la opinión de Balzac sobre “el filisteísmo conservador” del novelista escocés, como lo constatamos en las siguientes líneas: “Ya su gran admirador y continuador Balzac ha sentido cierta repugnancia por ese filisteísmo inglés. Así dice, por ejemplo, que, con muy pocas excepciones, todas las heroínas de Walter Scott representan un mismo tipo normal de mujer inglesa, cursi y correcta” (en Lukács, 1976: 32-33).

A pesar de esa limitación en la configuración de los personajes, Lukács reconoce en la escritura de Scott la plasticidad que logra darle a los rasgos típicamente humanos en los que se manifiestan las grandes corrientes históricas, lo cual refleja las condiciones sociales de la época. De ahí que, en diversas novelas del escritor escocés, los personajes secundarios resulten más interesantes que los protagonistas.

Por otro lado, observamos una situación peculiar en la novela histórica contemporánea escrita por Solares (2005), pues aquí no es el protagonista el que confronta las normas conservadoras de la época, el que supere los prejuicios personales y de la familia. Al contrario, es un personaje secundario el que cuestiona las normas sociales que predominan en su núcleo familiar y en el contexto del núcleo social que la rodea.

Vemos así que el papel de las mujeres en la narrativa de Walter Scott, el de representar al tipo de mujer tradicional de la época, es una situación que en la novela histórica contemporánea difícilmente encontramos, como lo podemos observar en Magdalena, personaje femenino de *La invasión*, quien asombra a su familia y a sus amistades por las ideas progresistas que defiende ante un núcleo social preminentemente conservador.

En esta narrativa histórica, la esposa de Abelardo, personaje y narrador principal de la novela, difiere mucho del papel tradicionalmente asignado a la mujer en las novelas analizadas por Lukács en su ensayo *La novela histórica*, pero también difiere de la época representada mediante las formas artísticas de *La invasión*. Veamos la manera en que el narrador protagonista describe a su esposa:

Con los años se le ha acentuado una peligrosa tendencia a escandalizar, quizá producto de esa misma afición literaria –lee demasiado a Charles Fourier, uno de sus autores franceses predilectos–, y por eso debo tener sumo cuidado con las reuniones a las que, muy ocasionalmente asistimos. No hace mucho tiempo, durante una cena en casa del ministro Chávez Torres, dijo algo tan fuera de lugar como que, en un futuro no muy lejano, si queremos salvar al país, la mujer deberá participar en política en igualdad de condiciones que el hombre. O, peor, que la prostituta es una víctima social, a la espera de su reivindicación [...] Durante una comida de domingo, con uno de nuestros hijos y su esposa, sacó de nuevo a colación a Charles Fourier –lo que a todos en la familia nos pone los pelos de punta–, quien dice que “toda fantasía es buena en materia de amor,

especialmente en el amor juvenil” y que “todas las parejas tienen derecho a sus rarezas amorosas, porque el amor es esencialmente la mejor parte de nosotros mismos: la parte racional” [las comillas pertenecen al texto] (Solares, 2005: 25-26).

Retomando a Bajtín, observamos cómo el lenguaje al ser contemplado como un hecho social es un portador de ideología; visto de esta manera ningún enunciado está exento de una carga valorativa. Magdalena frente a su hijo y la esposa de éste, defiende la libertad de la mujer que propone Fourier, así como las ideas liberales del mismo. Abelardo le reclama el haber exteriorizado esos comentarios, ya que califica a su hijo y a la esposa de éste como personas muy recatadas y prejuiciosas. Pero Magdalena responde:

[...] me hubiera gustado agregar que Fourier también habla, en una futura sociedad ideal y feliz, de la “orgía noble”, los “acoplamientos colectivos amorosos”, y que la masturbación o la homosexualidad no serán reprimidas sino fomentadas para que cada cual encuentre su pareja afín y pueda ser dichoso con todo y su debilidad o capricho (Solares, 2005: 27).

Esta ideología de Magdalena resulta fuera del canon establecido por la sociedad conservadora de la época representada en *La invasión*. Si bien el pasado histórico evocado por Abelardo se ubica en 1847, el presente de la locución se ubica en los años finales del siglo XIX. Las ideas de Charles Fourier eran muy cuestionadas en esa época, no sólo en los medios sociales conservadores de nuestro país, sino también en las sociedades conservadoras de diversos países europeos. Es necesario recordar que Fourier (1772-1837), como socialista francés, fue un crítico de la economía y el capitalismo de su época, así como de la familia basada en el matrimonio y la monogamia. En 1808 ya argumentaba abiertamente a favor de la igualdad de género entre hombres y mujeres, y en 1837 usó la palabra *féminisme*.

Consideraba que la decadencia del orden social opera en relación con el decrecimiento de la libertad de las mujeres. Sus ideas fueron muy cuestionadas por algunos teóricos, pero también muy reconocidas por otros, entre ellos, Federico Engels, quien en *Del socialismo utópico al socialismo científico* reflexiona sobre algunos conceptos que contenían ya los gérmenes de casi todas las ideas no estrictamente económicas de los socialistas franceses. En esta obra Engels afirma lo siguiente:

[...] en Fourier es la crítica ingeniosa auténticamente francesa, pero no por ello menos profunda, de las condiciones sociales existentes. Fourier coge por la palabra a la burguesía, a sus encendidos profetas de antes y a sus interesados aduladores de después de la revolución. Pone al desnudo despiadadamente la miseria material y moral del mundo burgués, y la compara con las promesas fascinadoras de los viejos ilustradores

con su imagen de una sociedad en la que sólo reinaría la razón, de una civilización que haría felices a todos los hombres y de una perfectibilidad humana (Engels, 1981: 39).

En las páginas de este libro, Engels coloca como eje uno de los conceptos más significativos de Fourier, al considerar que los progresos sociales operan en razón del progreso de las mujeres hacia su plena libertad, así como las decadencias del orden social operan en razón del decrecimiento de la libertad de este género. La importancia que le da Fourier a la mujer en esa sociedad industrializada se expresa básicamente en su idea de que la felicidad o la desgracia de las sociedades humanas tienen relación con la opresión o libertad que la mujer tenga en esa sociedad.

Fourier es considerado uno de los más grandes críticos de la sociedad burguesa. Su crítica se caracterizó por ser intensamente satírica. Engels señala que uno de los aspectos en los que más profundiza la crítica satírica es en “la forma burguesa de las relaciones entre los sexos y de la posición de la mujer en la sociedad burguesa” (1981: 39). Además de ser el primero en equiparar el grado de emancipación de la mujer con la emancipación de otros grupos de la sociedad, entre éstos el de los obreros.

Estas reflexiones del orden social se proyectan en el orden de lo individual en el momento en que son asumidas por el personaje femenino principal de *La invasión*. La ideología de Magdalena acerca de la monogamia entra en confrontación no sólo con su núcleo familiar, también con el entorno social en el que ella y su familia conviven. La forma literaria y la ideología de los personajes se constituyen en fenómeno social ideológico.

Otro investigador que retoma la crítica a la sociedad burguesa realizada por Fourier es Tomás Segovia (1975: 179), quien afirma lo siguiente: “La liberación de la mujer tiene pues para Fourier el mismo sentido que la liberación del proletariado para la dialéctica marxista”. En este sentido, asegura que es absolutamente falso que la naturaleza femenina propenda de por sí a las tareas del hogar. Para ello, Segovia (1975: 184-185) retoma las ideas de Fourier:

He dicho que la mayor parte de las mujeres no tienen ni gusto ni aptitud para las ocupaciones del hogar; la mayoría se encuentra desconcertada y exhausta por el cuidado de una pequeña familia; para algunas, por el contrario, estos trabajos domésticos resultan un juego, y se muestran en ellos excelentes hasta el punto de que se las juzga capaces de dirigir una casa de cien personas. Sin embargo, la civilización exigiría en todas las mujeres un gusto uniforme para los trabajos del hogar que deben ejercer todas.

De hecho, para el socialista francés, la transformación del trabajo sería insuficiente si no se contemplara también una transformación de la vida sexual. En *La invasión*,

estas ideas de Fourier son defendidas por Magdalena en diversas ocasiones, las cuales por el contexto histórico-social de la época que le toca vivir estaban fuera de las normas de conducta que la sociedad mexicana estipulaba. Las pronunciaciones emitidas por Magdalena sobre el papel de la mujer dentro de la familia monogámica, la sexualidad y el rol de la mujer en la sociedad contemporánea del personaje en cuestión, no correspondían al papel asignado a la mujer en ese momento histórico, por lo tanto, era sometida a constantes cuestionamientos por su esposo Abelardo y el hijo de ambos, como se puede apreciar en los segmentos de la novela citados anteriormente.

En el estudio sobre la familia monogámica “El matrimonio en la historia”, publicado en *La emancipación de la mujer*, Engels afirma que ésta nace de la familia sindiásmica durante la etapa de transición entre el estadio medio del salvajismo y el superior de la barbarie, cuya civilización naciente “se funda en el predominio del hombre; su fin expreso es el de procrear hijos cuya paternidad sea indiscutible; y esta paternidad indiscutible se exige porque los hijos, en calidad de herederos directos, han de entrar un día en posesión de los bienes de su padre” (Engels, 1970: 89). En este modelo de familia, la división del trabajo propugna ya como tarea de la mujer la procreación de los hijos.

En los planteamientos del socialista utópico, la historia de la sociedad se divide en cuatro fases de desarrollo: salvajismo, patriarcado, barbarie y civilización. En esta última es donde coincide la denominada sociedad burguesa, cuyo régimen se implanta desde el siglo XVI. En *Del socialismo utópico al socialismo científico*, Engels retoma nuevamente las palabras de Fourier “el orden civilizado eleva a una forma compleja, ambigua, equívoca e hipócrita todos aquellos vicios que la barbarie practicaba en medio de la mayor sencillez” (Engels, 1970: 40).

El modelo de familia y sociedad que esclaviza a la mujer se opone significativamente al propuesto por Fourier, quien sostenía que el ser más esclavizado y explotado del proletariado aún esclavizaba y explotaba a otro: a su mujer. En lo que difiere Fourier con los marxistas es que él no se centra en la división de la sociedad en clases. No es que el socialista francés ignorara esta división, “pero le parece que otras divisiones, como por ejemplo la división en sexos, son tan autorizadas como ella” (en Segovia, 1975: 179).

Por otro lado, en *Problemas de la liberación de la mujer*, Evelyn Reed (1974) afirma que se nos ha hecho creer que las mujeres siempre hemos sido seres indefensos, dependientes de los hombres, que sin un hombre responsable de nosotras la sociedad se vendría abajo: “Pero la historia humana más antigua demuestra lo contrario. La sociedad primitiva no sólo sobrevivió, también prosperó [...] La subsistencia de una mujer no estaba determinada por su dependencia de un hombre (Reed, 1974: 29).

Como mencionamos con anterioridad, este tipo de manifestaciones en una mujer, difícilmente la encontramos en la novela histórica decimonónica. Aun así, de acuerdo con los postulados teóricos de Lukács (1976: 33), la grandeza de la narrativa de Scott

consiste en la vivificación humana de tipos históricos y sociales, pues antes de él no se habían plasmado los rasgos típicamente humanos en los que se manifiestan tan claramente las grandes corrientes históricas, así como el hecho de convertir en protagonistas a figuras extraídas del pueblo, ya que sus héroes tienen un pasado humano corriente. Sin embargo, la caracterización de la mujer no resalta por la defensa de la liberación de la mujer.

Distinta situación encontramos en la novela histórica contemporánea de Solares, pues a partir del discurso de Magdalena se registra un constante dialogismo hacia los planteamientos socialistas de Charles Fourier. Recordemos que en la estilística de Bajtín (1986: 15) el concepto de dialogismo se relaciona con el de polifonía, este último lo define como “*La pluralidad de voces y conciencias independientes e inconfundibles*” [las cursivas corresponden al texto citado]. Incluso, el teórico ruso considera que la novela polifónica es esencialmente dialógica (Bajtín, 1986: 67). Vemos entonces que, si bien el discurso de Magdalena es autónomo e independiente, apunta ya hacia una voz que le antecede social y temporalmente. De esta forma, la voz de Fourier resuena en su discurso feminista.

A partir de las nociones de Bajtín, Graciela Reyes (1984) sostiene que el sujeto que se manifiesta en el discurso y se constituye mediante el discurso no es unívoco; al contrario, es multívoco, porque en su voz resuenan otras voces. De esta forma, en la voz del sujeto de la enunciación se escuchan múltiples voces ajenas. Así, en el discurso de Magdalena, como sujeto de la enunciación, resuena la voz de Fourier y la ideología de éste. De manera que cada discurso es atribución y apropiación constante de otros discursos, como lo expresa Bajtín a lo largo de sus planteamientos. Reyes (1984:124) también reconoce sus ideas en las siguientes líneas:

En cualquier enunciación, cuando hago una presuposición semántica o pragmática, o imito una forma de hablar, o aludo a otro texto, o lo parodio o lo represento por medios gramaticales, el otro, y su lenguaje, están en mi discurso en virtud de esa relación representativa intertextual que conlleva una interacción intertextual, un reaccionar de una enunciación frente a la otra, una modificación debida a la fricción.

El mayor campo de aplicación de las reflexiones de Bajtín respecto del carácter dialógico del discurso es la novela, a la que asigna un estatus central en su estilística. El interés principal mostrado en sus postulados en las últimas décadas se debe, sobre todo, a que su perspectiva sociológica se ha visto como una vía para superar el formalismo. Sabemos que Bajtín aborda el lenguaje como un hecho social, esto es, mediante el lenguaje se representan las diversas ideologías y lenguas sociales que subyacen en el discurso de los personajes, el narrador, e incluso el autor.

Por medio del lenguaje se refleja y se refracta la heterogeneidad ideológica de la sociedad. De ahí que el texto no se estudie aislado de su aspecto social, como lo había defendido el formalismo e incluso el estructuralismo. De esa forma, entre el aspecto individual del enunciado y el aspecto social del mismo existe una dialéctica indiscutible. El teórico ruso señala una serie de niveles lingüísticos a los que denomina unidades lingüísticas; cada una de éstas corresponde a diversos discursos sociales:

Los lenguajes sociales (dialectos históricos, sociales y geográficos, jergas profesionales, lenguas de generaciones o grupos, el lenguaje de la autoridad, el de la propaganda, etcétera) se entrecruzan en la novela, “dialogan”: se los comenta, se los evalúa, en cuanto lenguajes y en cuanto puntos de vista sobre el mundo [...] El lenguaje así expuesto conserva los sistemas de creencias y las intenciones que le dan vida fuera de la novela, en el seno de la vida social, los conserva pero congelados, digamos, inmóviles ante la vista, sirviendo las intenciones con que han sido ensamblados por el autor de la novela [...] Los lenguajes de la “heteroglosia social” son reflejos de ideologías: hablar de cierto modo es valuar y percibir de cierto modo, y citar un modo de hablar, por lo tanto, es citar –evocar, suscitar, reproducir– una ideología (Bajtín, 1986: 126, 128).

Podemos entender entonces por qué Bajtín afirma que no existe un solo enunciado exento de una carga valorativa. La carga semántica que vehicula el discurso de Magdalena apunta hacia otro discurso con una carga ideológica específicamente determinada. Esta reorientación ideológica, a partir del discurso feminista de Magdalena, se asocia con otro aspecto que, de acuerdo con Menton (1993: 42) caracteriza a la novela histórica contemporánea: la subordinación de la reproducción mimética del discurso historiográfico a la defensa de alguna postura ideológica, ya sea política, social o religiosa. Es decir, a los novelistas de la nueva novela histórica no les interesa tanto apegar al discurso de la Historia oficial ni al discurso hegemónico de las esferas oficiales, más bien les interesa defender su postura ideológica relacionada con determinada problemática.

De ahí que en esta novela la mujer se presente distante de una postura conservadora y, por lo tanto, muy ligada a una sociedad comunitaria, “donde las mujeres y los hombres trabajaban juntos, en beneficio de la comunidad, y compartían los frutos del trabajo sobre una base igualitaria” (Reed, 1974: 12). En *Problemas de liberación de la mujer*, Evelyn Reed señala que siguiendo esas costumbres ellas se trazaban su norma de conducta sexual: no eran “objetos” para ser “protegidos, maltratados, manipulados y explotados por los hombres” (1974: 12).

Por el contrario, eran capaces de dirigir una sociedad matriarcal y reconocidas por este papel que asumían en su grupo social. Pero, como afirma la autora estadounidense, esas formas de organización social alarmaron a los guardianes del *statu quo*, dando lugar a la inequidad predominante en muchos núcleos sociales hasta este momento.

Esa inequidad es confrontada por Magdalena en diversas ocasiones. Recordemos que el tiempo histórico representado artísticamente en *La invasión* corresponde a la segunda mitad del siglo XX. Sin embargo, vemos en esta novela que, al igual que Magdalena, las mujeres “de las clases más pobres” salen del anonimato. En la narración de Abelardo resalta la participación que tuvieron las mujeres de las clases sociales más bajas durante el enfrentamiento de los mexicanos al ejército estadounidense en la Plaza Mayor, lo mismo sucede con los ciudadanos comunes de la Ciudad de México, quienes sin armas se enfrentaron al ejército invasor, como lo expresa Abelardo, el narrador protagonista de la novela:

El pueblo nos puso el ejemplo y nos arrastró sin importar ya la clase social a la que perteneciéramos. Hasta con mi cochero compartí, orgullosamente, un fusil en esa lucha. Por eso, hay que decirlo de una vez: sólo la indignación de los más pobres ante la presencia yanqui, brutal y contundente, nos unió a los capitalinos que aún creemos en un México libre y soberano convirtiendo el nosotros en el gran personaje de la guerra, más allá de extracciones sociales, credos políticos o religiosos [...] En una de esas ocasiones en que caí, alcancé a ver –dentro de una nube de polvo– a un grupo de mujeres que arañaba, mordía, escupía, desnudaba a un soldado yanqui, quien se crispaba y retorció, como si convulsionara [...] El pueblo, para pelear, sólo tenía uñas, dientes, piedras –esas piedras que, según Próspero Pérez, nos llamaban a la lucha–, palos, machetes, hondas, botellas, macetas, y hasta cuchillos de cocina. El aceite y los caldos hirviendo lanzados desde las ventanas fueron uno de los recursos más usados y de los que más daño hicieron (Solares, 2005: 48, 211-215).

En el anterior fragmento discursivo podemos observar características propias de la novela histórica contemporánea, aquí no se trata de la mujer de los estratos burgueses, antes bien, encontramos en la novela personajes que representan la corriente histórica anglosajona de “la historia desde abajo”, cuyo representante Jim Sharpe (1996) considera que la historia desde abajo puede desempeñar una función importante en el proceso de recuperación de nuestra identidad, pero también de nuestro pasado, el cual se había contado siempre desde la perspectiva de las clases que detentaban el poder.

Esta posibilidad se convirtió en realidad en 1966, fecha en que “Edward Thompson publicó en *The Times Literary Supplement* un artículo sobre ‘La historia desde abajo’. A partir de ese momento el concepto de historia desde abajo se introdujo en la jerga común de los historiadores” (Sharpe, 1996: 39). Vemos aquí una perspectiva que se distancia de los enfoques historiográficos centrados en grandes personajes históricos.

Si bien el concepto se origina en la historiografía de los investigadores ingleses, los novelistas lo trasladan al ámbito literario para representar mediante las formas artísticas el punto de vista de la gente común. Aunque Magdalena, la esposa del narrador

protagonista, proviene de una clase media, es parte del pueblo y, a partir de su discurso contestatario, confronta a la ideología dominante de su contexto social cercano, defendiendo así la perspectiva socialista y feminista planteada por Fourier.

Por otra parte, las mujeres a las que se refiere el narrador cuando habla del ejército estadounidense marchando hacia la Plaza Mayor, aluden a otro grupo de mujeres. Esas mujeres no son letradas, pero son las que se enfrentan a los invasores con las rústicas armas que tienen a su alcance. Son esos personajes que no encontramos en las páginas de la historia oficial, sin embargo, mediante el discurso literario se rescatan del pasado histórico. De esta manera vemos que lo que se relata en la novela no son precisamente los acontecimientos de las grandes personalidades históricas, sino los de los personajes “sin historia”, a las personas que la historiografía oficial no les ha dado la voz.

Incluso la narración de los acontecimientos en *La invasión* no se centra precisamente en el personaje histórico Antonio López de Santa Anna, más bien es visto siempre a partir de la mirada de los narradores-personajes, especialmente la de Abelardo y, en menor medida, la del doctor Urruchúa, pues ellos son los dos narradores que se alternan a lo largo de la novela. A Santa Anna no se le otorga la voz, y la visión que tienen de él los dos narradores-personajes asume la función de cuestionamiento crítico al deficiente desempeño militar y político durante el periodo histórico que recupera la novela.

A lo largo del discurso literario diversas ocasiones el narrador presenta a Santa Anna como un oportunista, como un político y un estratega incompetente para desempeñar sus cargos político y militar. El pueblo también manifiesta su descontento mediante insultos dirigidos a Santa Anna, como observamos en la pluralidad de voces cuando Wilfried Scott dirige su discurso desde el balcón del Palacio Nacional:

También los gritos contra Santa Anna empezaron a cundir:

—¿Dónde está Santa Anna?

—¡Ya se largó, dicen que ya se largó de la ciudad!

—¡Chingue a su madre también Santa Anna!

—¡Sí, que también él chingue a su madre!

Las señas y los gestos eran tan ilustrativos como las palabras de las que iban acompañados (Solares, 2005: 207).

Esta perspectiva acerca de Santa Anna coincide con la de los narradores de la obra literaria, pero también con la de muchos historiadores, ya que Santa Anna y su estado mayor decidieron que era imposible la defensa de la Ciudad de México, y en general del país entero. En ese momento, fue el pueblo el que reaccionó ante los invasores y trató de defender su soberanía.

No es Santa Anna el personaje histórico que resalta en *La invasión*; el personaje con referencialidad histórica que se enaltece en esta novela es el sacerdote jesuita Celedonio Domeco Jarauta, quien había llegado de España y organizó la guerra de guerrillas en el estado de Veracruz, tratando de evitar el arribo del ejército estadounidense a la capital del país. Y aunque el sacerdote tiene referencialidad histórica, no es un personaje que se mencione en los textos históricos que hablan sobre la invasión a nuestro país en 1847.

A pesar del escaso reconocimiento de este personaje en los documentos oficiales, en la obra literaria Domeco Jarauta sí asume un papel relevante, ya que a él se le asigna la autoría del disparo que dio muerte al soldado yanqui cuando intentaba izar la bandera estadounidense en el Palacio Nacional, aquella mañana del 14 de septiembre de 1847. La identidad de este personaje es un ejemplo significativo de la relación entre la ficción y la Historia, pues, aunque el padre Jarauta tiene un referente histórico en las obras escritas por algunos investigadores contemporáneos, no sucede lo mismo con los textos oficiales.

Escasamente encontramos alusión a este acontecimiento en los registros históricos. Tal como lo menciona Guillermo Prieto en una de sus cartas, no existe ningún antecedente en la historiografía de que él fuera el autor del disparo. Sin embargo, a lo largo de *La invasión*, se menciona al padre Jarauta como autor de ese disparo en contra del soldado. Acerca de la diferencia entre la ficción y la historiografía, sabemos que el discurso ficcional tiene un estatuto ontológico distinto al del discurso historiográfico. La diferencia entre ambos es que el último tiene pretensión de verdad, y el primero carece de ella, ya que el novelista tiene plena libertad para crear su obra literaria.

Ricoeur (2003), en sus reflexiones teóricas planteadas en *Tiempo y narración*, expresa que, en el ámbito de la historiografía, los documentos y archivos son las “fuentes” de verificación y falsificación para la investigación histórica. El filósofo francés especifica que los relatos de ficción omiten la obligatoriedad de dar pruebas de esta índole, pues la imaginación del autor del texto ficcional no tiene que demostrar los “hechos” históricos que en él se manifiestan. Es decir, no se rigen por las mismas convenciones y, sobre todo, en la novela histórica contemporánea el escritor puede llenar con su imaginación los huecos que no han sido cubiertos por el historiador, a la vez que ofrece una versión alternativa a la Historia oficial.

Ricoeur, desde la fenomenología y hermenéutica, afirma: “El papel mediador de lo imaginario se acrecienta, en efecto, cuando pasamos del tema de la reinscripción del tiempo vivido en el tiempo cósmico al de la dimensión pasada del pasado” (2003: 906). Esta situación la encontramos en la novela histórica *La invasión*, en la que el narrador protagonista le da identidad al autor del disparo de “aquella mañana del 14 de septiembre de 1847”, autoría asignada por el narrador Abelardo al sacerdote jesuita español Celedonio Domeco Jarauta, otro personaje sin historia, o al menos sin la

importancia que debería tener en los textos historiográficos que aluden a la invasión estadounidense de 1847.

Entre las escasas referencias que existen acerca de la actividad guerrillera de este personaje destaca el texto del escritor Daniel Molina Álvarez, publicado por el gobierno de la Ciudad de México. Precisamente, en sus páginas menciona el poco reconocimiento dado al sacerdote Celedonio Domeco Jarauta, a pesar de haber sido una pieza clave en la guerra de guerrillas en contra del ejército estadounidense, como lo podemos leer en el siguiente fragmento:

Amado por su pueblo, odiado por los yanquis y por los traidores e ignorado por la historia, el padre Celedonio Domeco Jarauta, desde el pasado y en silencio, nos reclama y nos exige reparar la terrible injusticia de su olvido. Consciente de esta omisión histórica, José Emilio Pacheco ha señalado en fecha reciente la necesidad de interesarse en la figura del padre Jarauta: “sabemos muy poco acerca de estos días [...] Casi no tenemos otra información que la legada por Guillermo Prieto. Se dice que el coordinador de los insurrectos fue un personaje singular, olvidado por nuestra historiografía y nuestro martirologio: el padre Celedonio Domeco de Jarauta [...] se exilió en Veracruz. A raíz de la toma del puerto organizó una guerrilla jarocho que dificultó en gran medida las comunicaciones y abastecimiento de Scott. El padre Jarauta nunca depuso las armas. En 1848 se rebeló contra el Tratado de Guadalupe-Hidalgo y fue vencido y muerto en Guanajuato por otro conservador, Anastacio Bustamante” (Molina, 1999: 11-12).

Ahora bien, en relación con la novela histórica contemporánea, quisiera también mencionar que algunos de los rasgos que el teórico de la nueva novela histórica, Seymour Menton, utiliza para distinguir la novela histórica tradicional y la neonovela histórica son cuestionables. El crítico estadounidense señala que mientras los historiadores del siglo XIX resaltaban en el discurso historiográfico las acciones de los grandes dirigentes, los novelistas de esa época preferían como protagonistas al ciudadano común, al que no tenía historia. En la actualidad, mientras los historiadores de orientación sociológica se interesan por los grupos aparentemente insignificantes para comprender mejor el pasado (Historia desde abajo, Microhistoria), los novelistas contemporáneos eligen como protagonistas a las personalidades históricas más destacadas.

Sin embargo, no siempre sucede de esa forma, al menos en *La invasión* se destaca la participación de héroes poco reconocidos por la Historia, además del sacerdote, sobresale la participación que tuvieron las mujeres en la capital del país cuando ante sus ojos desfilaban los soldados estadounidenses hacia la Plaza Mayor. En la novela se menciona que arrojaban baldes de agua caliente desde sus hogares.

Consideramos que la particularización que hace Menton en este aspecto, es demasiado estrecha para etiquetar una obra como nueva novela histórica o novela histórica

tradicional en función de esta elección que realiza, ya que *La invasión*, escrita recientemente, se encuentra fuera de esta particularidad. En esta novela se muestra a un personaje histórico destacado, pero siempre forma parte del proceso conmemorativo del narrador protagonista, ya que Santa Anna nunca toma la palabra, siempre es visto a partir de la mirada de Abelardo, anulando de esa forma la importancia del gran personaje histórico. Más que establecer etiquetas tan cerradas habría que centrarse en los procedimientos utilizados por el escritor para la representación del pasado histórico.

Estos conceptos nos remiten de nuevo a las reflexiones de Lukács acerca de la evolución en la escritura de la novela histórica como respuesta a la corriente estética de la época. En *La novela histórica*, el autor intenta mostrar “cómo se presentan la génesis y el desarrollo, el ascenso y la decadencia de la novela histórica como consecuencia necesaria de las grandes transformaciones sociales de la Edad Moderna” (Lukács, 1976: 13). Lukács afirma que los problemas formales de la novela histórica son reflejos artísticos de esas transformaciones históricas y sociales. Nos parece importante remitirnos a su obra, porque a pesar de haber sido escrita desde hace varias décadas, estos planteamientos aún tienen vigencia. Incluso, algunos teóricos de la novela histórica contemporánea, entre ellos María Cristina Pons (1996), toman el amplio ensayo de Lukács como punto de referencia para el marco conceptual de la novela histórica.

Diversos teóricos de la novela histórica contemporánea, entre ellos Ute Seydel, revisan los conceptos desarrollados por los teóricos de la novela histórica escrita en las últimas décadas. La investigadora resalta que gran parte de estas novelas centra su atención “en la historia de los perdedores o vencidos, o bien de todos aquellos que permanecieron en el anonimato o a los que la historia oficial olvidó, por ejemplo, las mujeres, los campesinos, los obreros, y la gran masa del pueblo” (Seydel, 2002: 66).

Lukasz Grützmacher (2006: 141) se pronuncia por no establecer fronteras categóricas entre la novela decimonónica y la escrita a partir de la segunda mitad del siglo XX porque ese límite “carece de fundamento”. Él prefiere hablar de la novela histórica postoficial, tomando en cuenta la oscilación entre dos fuerzas distintas que distinguen en las novelas históricas: la fuerza centrípeta y la fuerza centrífuga. En la primera existe una tendencia a apegarse a la historiografía oficial; en cambio, la segunda se aleja de ese discurso para, mediante diversos recursos literarios como la parodia y la carnavalización, cuestionarlo. Es decir, se alejan por completo de la representación de la historia oficializada.

En cuanto a la importancia que adquiere el discurso feminista de Magdalena a lo largo de la novela, habremos de decir que aunque nos centramos especialmente en los fragmentos discursivos de este personaje y en su contenido ideológico, ya que mediante sus palabras asume una postura de defensa de la libertad que debe tener la mujer en la toma de decisiones y el derecho de ésta a ejercer cargos públicos en el gobierno, quisié-

ramos señalar también su importancia en la crónica novelada que escribe Abelardo, su esposo y principal narrador de *La invasión*.

El papel de Magdalena es fundamental para que el narrador-protagonista termine de escribir la crónica novelada sobre la invasión de 1847. En un claro proceso metaficcional, en *La invasión* constantemente se alude al propio proceso de creación de la novela. Esta reflexión la podemos observar por vez primera en el capítulo 1 de la novela que comentamos. Leamos las palabras que Magdalena dirige a su esposo, cuyo fragmento discursivo se encuentra ubicado en el segundo núcleo temporal del relato, es decir, a fines del siglo XIX:

—¿Por qué no aprovechas el regreso de las lucecitas en el cielo y de una buena vez terminas esa crónica que dejaste pendiente sobre la invasión yanqui a la ciudad en el 47, eh? No la publiques si no quieres, pero termínala. Es más, cuenta en las primeras páginas cómo fue que apuñalaste a aquel pobre soldado yanqui, va a servirte como una especie de confesión pública (Solares, 2005: 22).

Precisamente desde el capítulo 1 de la primera parte de *La invasión* nos enfrentamos a este desvelamiento del proceso de creación de la obra que escribe Abelardo, escritura que había iniciado desde el desarrollo del primer núcleo temporal del relato, en los años de la invasión estadounidense.

Precisamente, con la narración sobre la puñalada que éste asestó a ese soldado el 14 de septiembre de 1847, inicia la historia a partir de la actividad rememorativa de Abelardo:

Estaba a punto de alcanzar los portales, cuando una mano como garra me atrapó por un tobillo. Caí al lado de un yanqui herido que echaba espumarajos por la boca y tiraba manotazos desesperadamente hacia todos lados, aunque apenas si lograba mover el resto del cuerpo. Quedé tendido boca arriba y el yanqui aún alcanzó a asestarme un fuerte puñetazo en la cara, provocándome un agudo dolor con todas las propiedades de un torrente de colores cegadores. Sin pensarlo demasiado, saqué mi cuchillo de su funda y le asesté una puñalada en el pecho acezante [...] Yo lo maté, no había duda. O por lo menos lo rematé. Lloré y me invadió una piedad infinita, como si en la miseria de aquel hombre contemplara la mía propia y la de todos los congregados en la plaza (Solares, 2005: 15).

El episodio que Magdalena le sugiere a Abelardo que cuente en su crónica novelada se encuentra en las primeras páginas de *La invasión*, como pudimos constatar en la cita anterior. De esa forma, la muerte que da al soldado yanqui es uno de los primeros acontecimientos con el que Abelardo retoma la escritura de obra literaria.

En la última página de la novela, Abelardo —como autor de su libro sobre la invasión estadounidense— le dirige su agradecimiento:

[...] no quería publicarla y preferí dejársela en resguardo a Magdalena para que hiciera con ella lo que quisiera después de mi muerte. Así que decidí dedicársela, precisamente en las últimas líneas de la última página [...] me parece oportuno dar aquí algunas sencillas razones de por qué lo hago. Antes que nada, porque sin ti nunca lo hubiera escrito ni terminado, hubiera sido del todo incapaz de llegar a este final, no sólo por tus valiosos comentarios y correcciones, sino por cuánto me motivaban las numerosas ocasiones [...] en que te descubrí esculcando en mi escritorio, revolviendo descaradamente las hojas para averiguar si había yo escrito alguna nueva página y leerla con el interés y la curiosidad con que has leído todo cuanto escribo (Solares, 2005: 297).

Resulta representativo el rol femenino que asume Magdalena en el proceso creativo de la obra. Su papel dentro de la familia no queda restringido a las labores del hogar, sino también actúa como una observadora y crítica del proceso de escritura de la crónica novelada que escribe su esposo, cuyo reconocimiento queda explícito por las palabras de Abelardo al terminar de escribir el libro.

Finalmente, a manera de conclusión sólo diremos que, en *La invasión*, el discurso sobre la liberación de la mujer de Magdalena desempeña un papel fundamental en la crítica hacia la sociedad moralista y conservadora de su época. Su discurso también se destaca por la exigencia de la libertad a que tienen derecho las mujeres, así como por el rol determinante en la escritura de la crónica novelada sobre la invasión estadounidense de 1847 que Abelardo había iniciado antes de conocerla a ella.

REFERENCIAS

- Bajtín, Mijaíl (1986). *Problemas de la poética de Dostoievski*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Engels, Friedrich (1970). “El matrimonio en la Historia”, en Marx, Engels, Lenin *et al.* (1970). *La emancipación de la mujer*. México: Grijalbo.
- (1981). *Del socialismo utópico al socialismo científico*. Moscú: Editorial Progreso.
- Grützmacher, Lukasz (2006). “Las trampas del concepto ‘la nueva novela histórica’ y de retórica de la *historia oficial*”, *Acta Poética*, núm. 27, pp. 141-168 <<http://132.248.101.214/html-docs/acta-poetica/27-1/141-168.pdf>>, fecha de consulta: 15 de febrero de 2020.
- Lukács, György (1976). *La novela histórica*. Barcelona: Grijalbo.
- Menton, Seymour (1993). *La nueva novela histórica de la América Latina, 1979-1992*. México: Fondo de Cultura Económica.

- Molina, Daniel (1999). *La pasión del padre Jarauta*. Ciudad de México: Comité Editorial del Gobierno del Distrito Federal.
- Pons, María Cristina (1996). *Memorias del olvido, la novela histórica a fines del siglo XX*. México/Madrid: Siglo XXI Editores.
- Reed, Evelyn (1974). *Problemas de la liberación de la mujer*. Buenos Aires: Ediciones Pluma.
- Reyes, Graciela (1984). *Polifonía textual*. Madrid: Gredos.
- Ricœur, Paul (2003). *Tiempo y narración III*. México: Siglo XXI Editores.
- Segovia, Tomás (1975). “Fourier y la mujer”, *Imagen y realidad de la mujer*. México: Sepsetentas.
- Seydel, Ute (2002). “Ficción histórica en la segunda mitad del siglo XX: conceptos y definiciones”, *Escritos. Revista del Centro de Ciencias del Lenguaje*, núm. 25. México: Universidad Nacional Autónoma de México, pp. 49-85.
- Sharpe, Jim (1996). “La historia desde abajo”, en Peter Burke (ed.), *Formas de hacer historia*. Madrid: Alianza Editorial.
- Solares, Ignacio (2005). *La invasión*. México: Alfaguara.



VICENTE GUZMÁN RÍOS | *Subordinaciones*

Acuarela y digitalización sobre papel Fabriano